

Máscaras, ventrílocuos y espectros: el caso de la RAM

Jerónimo Rilla¹

Nuestra conversación cotidiana acerca de lo público está invadida por entidades de un género muy curioso, como lo son el Estado, las corporaciones, los sindicatos, las empresas, los movimientos sociales, las ONGs, etc. Nadie se extrañaría si lee en el diario que la UOCRA está cortando una avenida principal de la ciudad o que Coca Cola promueve valores humanos en sus spots televisivos. Efectivamente, recurrimos a ellas de manera no problemática y las utilizamos de forma constante como sujetos de nuestras enunciaciones.

Bajo una mirada menos superficial, empero, es ineludible que su naturaleza genere alguna suerte de recelo. Esto se verifica de modo ostensible en el caso de la vaporosa Resistencia Ancestral Mapuche. Acostumbrados al formato de búsqueda rápida de Google o de soluciones de Yahoo Answers podríamos preguntar en la web '¿cómo se compone la RAM?'. Desgraciadamente, la respuesta no será tan lineal como las explicaciones sobre la fabricación de las gomitas o los bon o bon. Para prevenir equivocidades, quizás convenga especificar la interrogación: ¿en qué sentido decimos que la RAM existe y, sobre todo, que habla y actúa? A nuestro entender, el ejercicio no es ocioso, pues la estética del espacio público que habitamos, esto es, la configuración que adquieren las cosas en nuestra experiencia social, estará determinada por la manera en que abordemos la cuestión.

¹ Doctor en Filosofía por la UBA.

I. SOBRE PERSONAS, REPRESENTANTES Y FICCIONES

Según la versión oficial en boca de Patricia Bullrich, la RAM es un simple “nombre genérico de grupos que actúan violentamente”. De forma inmediata, se puede advertir que la caracterización adolece de evidentes imprecisiones, pues en ese conjunto lábil bien podrían entrar, por forzar un ejemplo, las barras bravas de Alianza de Cutral C6 o de Independiente de Neuqu6n. Ahora bien, tampoco es feliz la explicaci6n de Facundo Jones Huala, el 6nico mapuche que se reconoci6 como miembro del grupo y que el pasado jueves renunci6 a su membresía. Seg6n Huala, como apuntaron recientemente Teijeiro y Leclerq en Noticias, “es una forma de sabotaje y resistencia a la avanzada capitalista y una forma de denunciar y llamar la atenci6n, no es una organizaci6n formal de corte Occidental”. Bajo esta concepci6n, la RAM consistiría menos en un grupo que en una actividad performática, una serie de happenings que involucra pintadas y pirotecnia.

Lo primero a precisar es que, si queremos comprometernos con un uso no metaf6rico de la RAM, si pretendemos tomarla como una entidad en sí misma, debemos delinear sus bordes conceptuales: lo opuesto a un colectivo es la agregaci6n desorganizada. Cuando hablamos de grupos, presumimos una cierta coherencia que da forma e identifica al colectivo en contraposici6n a una masa confusa de subjetividades. Por eso, no tiene sentido afirmar que la RAM carece de una actividad coordinada o que se trata de una colecci6n contingente de individualidades.

En segundo lugar, para fundamentar esa cohesi6n necesitamos de un soporte no metafísico al que podamos remitir la identidad del grupo. Casi nadie cree ya que los grupos est6n animados por un espíritu o una fuerza mística trascendente que fija las pautas de su accionar.

Resulta, por ello, más propicio servirnos de la terminología disponible desde la 6poca del Digesto romano, seg6n la cual los entes colectivos adquieren una identidad en virtud de que se unifican en torno a una persona ficticia. Esto es, hay un grupo cuando existe un ser – una persona en una acepci6n muy particular– distinto al conjunto de cada uno de los miembros que lo conforman. No es lo mismo, entonces, una agregaci6n aleatoria de individuos que un colectivo cohesionado. La diferencia está en que a 6ste 6ltimo le podemos adscribir una personalidad, por lo menos, en funci6n de una atribuci6n ficcional. En esta 6ptica, el carácter ficticio no connota falsedad ni ineficiencia (a saber, imposibilidad de producir efectos en la realidad) sino contra-factualidad, algo de un orden distinto a la realidad fáctica que, sin embargo, tiene la capacidad de modificarla. La RAM, por lo tanto, tiene que ser algo más que un nombre. De alg6n modo, tenemos que poder asignarle una personalidad.

Pero ¿c6mo es que un grupo adquiere una persona? Promediando el siglo XVII, fue Thomas Hobbes el primero que lo expuso de forma acabada: la instancia que oficia de gozne en la transici6n de la masa desarreglada al grupo es la representaci6n. Para que exista una unidad colectiva es preciso que se dé alguna forma de representaci6n, directa o indirecta, sobre los integrantes que la conforman. S6lo cuando hay representaci6n es posible hablar de

una identidad regular de un grupo humano en contraposición a cualquier colección azarosa. Sólo así tiene sentido decir que un grupo cuenta con una persona, que puede hablar y actuar.

II. BAILE DE MÁSCARAS

Vayamos más a fondo, ¿qué es lo que la representación nos aporta para entender la naturaleza de un grupo? Las interlocuciones de un representante se realizan siempre bajo el formato 'en nombre de'. Desde luego, hay variadas maneras de hablar/actuar en nombre de alguien o algo. La representación es la forma de darle voz y agencia a la persona de un grupo. Aquí es propicio acudir a una pequeña aclaración etimológica. Persona en latín significaba máscara. El término aludía a las máscaras que usaban los actores para representar sus roles en el escenario, puesto que hacían sonar su voz a través de ellas [per-sonare]. En consonancia, podríamos argüir que, al representar, estamos interpretando un papel, encarnamos la persona del grupo, portamos su máscara para que la audiencia escuche y vea nuestras palabras y acciones contrafácticamente, esto es, como si fueran las palabras o acciones del grupo.

Lo curioso es que la RAM carece de representantes explícitos. Algunos podrían argumentar que en tanto grupo clandestino su operatividad no puede sino basarse sobre el ocultamiento de sus agentes. Conceptualizar un grupo de estas características se torna todavía más arduo.

III. ¿QUIÉN ES CHIROLITA DE QUIÉN?

Para ensayar una respuesta, podríamos pensar en un grupo invirtiendo la relación entre representante y persona ficticia. François Cooren, teórico contemporáneo de la comunicación, da cuenta de este fenómeno sirviéndose de la figura del ventrílocuo. La particularidad de la ventriloquia es que permite ver el desdoblamiento de las personas (del representante y del representado) in situ. Por supuesto, el ventrílocuo es quien hace hablar al muñeco. Pero, al mismo tiempo, el muñeco tiene una idiosincrasia particular, dice cosas que su portador jamás diría y, en muchas ocasiones, monopoliza completamente nuestra atención, asumiendo el rol de protagonista, haciendo imposible determinar quién es chirolita de quién.

El resultado visual de este proceso simbiótico es el retraimiento total del portador de la persona ficticia, deriva que graficaba con ingenio la película *The Mask* (1994). En relación a los grupos, el riesgo es que nos fagocite su dinámica usual, que su persona nos utilice como meros voceros y agentes de sus intenciones, para resumir, que nos convirtamos – paradójicamente– en su títere, perdiendo todas las facultades creativas. Como solemos decir en el habla cotidiana, que 'nos coma el personaje'.

Con todo, este enmascaramiento puede ser intencional. A modo de ejemplo, 'Ni Una Menos' es un colectivo que resiste la representación inequívoca. En sus intervenciones públicas, evita que su persona cuente con encarnaciones específicas, privilegiando la

dispersión de voceras. Se deslocaliza con el propósito de instalar la identidad del grupo por encima de sus miembros y representantes. Se trata de un claro caso de la figura que aventaja a sus ventrílocuos y los arrastra al fondo negro del escenario. Lo que se gana en principalidad de la máscara, empero, se pierde en organicidad del grupo. Cuando se abre el juego y la figura abstracta de la entidad colectiva se despega de las representaciones prefijadas, se dispone a ser hablada por múltiples agentes.

Podemos intentar una extrapolación similar al caso de la RAM. En esta organización cada uno de sus miembros abandonaría cualquier forma de protagonismo para dedicarse sólo a animar a esa persona por ficción. Hurtarse a la vista del público consistiría en una táctica deliberada de clandestinidad por parte de sus agentes, por eso es que no podemos identificar a sus representantes o portavoces. Con el fin de destacar únicamente la entidad de la Resistencia Ancestral Mapuche, los individuos se desplazarían al detrás de escena, contentándose con ser meras instanciaciones de los actos del grupo. Habría una suerte de humildad monástica en cada uno de ellos, un sacrificio total de la propia personalidad, para que en sus acciones siempre tenga preeminencia la persona del grupo.

“Lo que se gana en principalidad de la máscara, empero, se pierde en organicidad del grupo. Cuando se abre el juego y la figura abstracta de la entidad colectiva se despega de las representaciones prefijadas, se dispone a ser hablada por múltiples agentes.”

En suma, esta constitución diseminada sería quizás expeditiva para la RAM en vistas a su carácter – al decir de Sergio Berensztein– cuasi terrorista. No obstante, también falla este modelo de comprensión, ya que incluso el PPK, ISIS o, para conformar el paladar del senador Pichetto, Sendero Luminoso cuentan con representantes. Es cierto que su dispersión y organización celular dificultan la unificación de una agencia y un discurso coherentes. De igual forma, es verdad que su institucionalidad plástica puede terminar por catalizar conflictos relativos a la correcta encarnación de sus valores y principios. Pero tras un atentado pululan invariablemente los mensajes con las adjudicaciones o vindicaciones respectivas. A su vez, sus líderes aparecen consignados en la afamada lista de Most Wanted Terrorists del FBI, es decir que cuentan con representantes manifiestos. Todos estos caracteres están ausentes en la RAM.

IV. CONCLUSIÓN

En realidad, el interrogante no puede resolverse porque la manera de narrar a la RAM ha sido mayormente el de una prosopopeya. Se trata de una organización que es personificada desde el exterior, por cronistas y exégetas varios, sin responsabilidad o complicidad con el

grupo y, sobre todo, de modo no-representacional. La propia comunidad mapuche, en la tangibilidad de sus instituciones y por medio de sus representantes oficiales, ha consensuado un documento aludiendo a dicho grupo como una entidad “fantasmal”. La apreciación no es desatinada pues, a pesar de que los fantasmas –como advertía Derrida– rondan y acechan, es difícil establecer una interlocución con ellos. Este escenario es por demás delicado para el Estado, pues la espectralidad de un grupo impide cualquier abordaje, incluso uno de tipo coercitivo o represivo. ¿A quién se reprimirá o con quién se negociará si lo único reconocible es un nombre genérico o una más abstrusa morfología no-occidental de organización? En la procura de entablar una conversación exitosa es indispensable contar con agentes responsables (e imputables) por los hechos de un grupo. Si la postura oficial continúa privilegiando el aspecto fantasmal, se corre el riesgo de que individuos actualmente desafectados comiencen a actuar y hablar por la persona ficticia vacante de representantes que se ha elaborado.



Facundo Jones Huala